

El Ayuntamiento de Sevilla anuncia que el río será embellecido. Parece que a la Administración local se le ha concedido un importante crédito, parte del cual se empleará en las orillas del mismo. Por el momento sólo se trata de la margen izquierda, pero si la Providencia ayuda y el proyecto se lleva a cabo, unas pocas personas habrán transformado completamente, para bien o para mal, las márgenes del río.

El arquitecto don Amalio Saldaña recibe el encargo, junto con el ingeniero de caminos don José Luis Prats, de embellecer la margen del río comprendida entre Chapina y el Puente del Generalísimo. Se pone manos a la obra y está ya a información pública un «dossier» bastante grande de planos, datos, números y perspectivas.

El asunto merece atención y nadie mejor que su autor y otros arquitectos hablen del tema. Comento esto con un amigo del gremio y me dice: «La idea es buena si hablan varios, pero Saldaña no querrá hablar, te dirá que mires los planos que están a información pública.» Hablo con un arquitecto profesor de la Escuela, quien me dice: «Me temo que ni siquiera existen planos; eso del periódico son simples perspectivas. Además, el presupuesto, 176 millones, es demasiado caro. Eso no se hará.» Un tercer arquitecto me responde: «No conozco más que lo que ha salido en la prensa, pero esas piedras, esas escalinatas y esos juegos de agua me dan

Quando el río suená

un miedo terrible. Tampoco veo sentido a ese auditorio cuando a Sevilla le sobran teatros y le faltan representaciones y conciertos; y en cuanto a la Torre del Oro, más valía que se quedara como está.»

Así el ambiente, bastante temerosa, llamo al señor Saldaña que me da toda clase de facilidades para verle y no me manda directamente a ver los planos a Urbanismo. En las paredes del despacho, perspectivas de los dos tramos proyectados: calle del Cristo de la Expiración-Puente Isabel II en un lado, Puente de Isabel II-Puente de San Telmo en el otro.

Comentamos el motivo del proyecto: la tan traída y llevada «incorporación». Me señala el arquitecto un detalle significativo de que la ciudad vive de espaldas al río: los bancos de piedra del paseo de Colón están de espaldas al Guadalquivir. La idea que preside la obra, continúa, es la de acercar al ciudadano al borde del agua. Otra cuestión es si ese agua merece la pena ser contemplada; pero eso ya no es cosa suya. Ha meditado largamente, ha escuchado opiniones, y después de un año ha mostrado su obra. Contemplada a un par de metros resulta grandiosa. En líneas generales, el tratamiento que ha dado al proyecto es un tratamiento clásico para que «no se pase». Piensa incorporar elementos que ya existían en la ciudad, tales como las farolas, inspiradas en una que quedó olvidada tras un árbol frente al Seminario, cuando aires innovadores arrasaron las que había en el paseo de las Delicias. De este modo, dice el autor, no se le podrá tachar de no conservador.

Sevilla, ciudad monumental

Pasamos a contemplar cada tramo del proyecto: el primero, desde Chapina al Puente de Isabel II, lle-

va una zona ajardinada que se intenta llegue hasta la misma base de las casas de la calle Arjona; ello, claro está, si se consigue eliminar las vías del antiguo ferrocarril que circulaba por allí para recordarnos que en algún tiempo el río tuvo vida. Al lado de los jardines, el Barranco —armadura de hierro de cuatro naves que Bellas Artes restaura junto con un templete contiguo— y un espacio en blanco para un monumento al río que será encargado, en su día a algún artista. Sevilla es una ciudad monumental: monumento a Carmen la Cigarrera, monumento a Don Juan Tenorio, monumento al Puerto de Sevilla, monumento a Juan Sebastián Elcano... El señor Saldaña tiene sus ideas sobre monumentos: «Se podría hacer un monumento al Guadalquivir en Chapina a base de una fuente con caídas de agua y juegos de luces, pero eso no forma parte

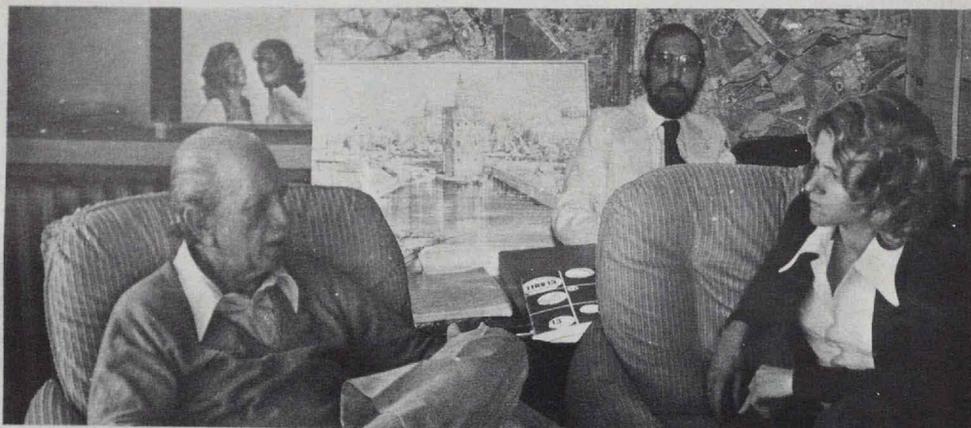
éste podría ser para espectáculos folklóricos, bandas de música, etc.

En el tramo comprendido entre el Puente de Isabel II y el Puente de San Telmo es donde principalmente se centra el proyecto. El ciudadano descenderá hasta la orilla del río cruzando tres paseos a distintos niveles para que el descenso no se haga de manera brusca. El nivel superior —actuales aceras del paseo de Colón— será ensanchado y llevará por solería un pavimento en dos tonos, primo hermano del de la calle Sierpes, pavimento que al parecer han puesto de moda los madrileños empleándolo en un tramo de la Castellana. Una serie de escalinatas conduce a un paseo a nivel intermedio con miradores sobre el río; la solería será de losa de Tarifa, chinos puestos a mano y sardín de ladrillo. Habrá bancos y muchas farolas.

tanto, me limitaría a suplicar que se detuvieran las demoliciones y que se adecentara la calle. El resto que venga más tarde; siempre hay momento para las grandes obras.»

Por último sale a relucir el proyecto de reproducir la Nao Victoria, convertirla en *snack-bar-restaurant* y colocarla ante la Torre del Oro. Sería un homenaje a Elcano. No puedo evitar el acordarme de ese avión traído con tanto esfuerzo al aeropuerto de Sevilla y bajo cuyo vientre se ha instalado un restaurante.

Antes de dar por terminada nuestra conversación le comento la conveniencia de que estas márgenes, estos paseos, en fin, todo este proyecto ambicioso y de envergadura, sea objeto de atención por parte de personas que por sus cargos, conocimientos y responsabilidades deben pronunciarse en torno a ello. El



Felipe Medina, conversando con Sobad Becerril, al fondo Amalio Saldaña, arquitecto municipal

del proyecto, es una idea personal.» Bajo el Barranco va una zona de terrazas, miradores y escalinatas con canalillos por los que corre el agua, y en este mismo tramo se prevé emplazar un auditorio que arrancaríase desde el río. Ante esta idea, se me ocurre preguntarle si no considera la zona demasiado ruidosa para dicho auditorio. Tampoco parece clara la necesidad de un nuevo edificio que sostener y al que dar actividad para que no muera: en Sevilla sobran lugares y emplazamientos y muchos están abandonados; pero los sevillanos otorgan corta vida a sus edificios y gustan de ver surgir obras cuya existencia será bastante efímera. Acerca del ruido, el autor responde que entre el auditorio y la calle del Cristo de la Expiración irá una arboleda que pueda acallar el ruido del tráfico; y en cuanto a la utilidad del auditorio,

Volviendo al tema de los bajos de este paseo, el arquitecto me informa de que el Ayuntamiento otorgará concesiones para kioscos, tiendas de artesanía, *souvenirs* y alguna que otra tienda de deportes náuticos para que las personas que se acerquen al río tengan otros alicientes, además de contemplar el agua. El proyecto también prevé embarcaderos de fácil acceso desde el paseo y zonas de jardines. Hablamos de estos embarcaderos, de la idea de unos *bateaux mouche*, tipo Sena, en el Guadalquivir y de los deportes acuáticos.

Pasamos a tratar de la margen derecha y le pregunto de qué manera afectará esta obra a la calle Betis. El señor Saldaña considera que se está a tiempo de salvar esta calle y que tras la obra de una margen vendrá la otra. «Yo no pediría

arquitecto se muestra dispuesto a escuchar otras voces «siempre que la crítica sea constructiva».

«Esa charca no me interesa»

No es fácil encontrar ese tipo de crítica en esta ciudad. Al arquitecto don Felipe Medina le pido unas palabras sobre el río. «¿Qué río? —contesta—. Si se trata de esa charca, no me interesa.» Explica que hace unos diez años se celebró un concurso para el mismo tema, y del proyecto ganador sólo se llevó a cabo una pequeña parte. De entonces acá el río ha ido degeneran-

do: se le ha ganado terreno con edificaciones, el agua está cada vez más sucia y carece de interés crear paseos rodeados de tráfico por todas partes para disfrutar de esa ciénaga. Otra cosa sería darle tratamiento de lago interior; pero como río no le interesa. «Ante las obras que la Administración local está llevando a cabo y los conceptos urbanísticos que manifiestan, no creo que merezca la pena hablar de si tal fuente es cursi o no, de si tal cosa es bonita o fea, incluso de si ese proyecto, remedo parcial de un planteamiento urbanístico, es bueno o malo. Lo que hemos de manifestar es que no queremos nada de esto; independientemente de su calidad intrínseca, las recientes obras responden a un planteamiento de la convivencia urbana que no puedo sino repudiar.»

Pero a la larga —y en el caso de Sevilla no tan a la larga— son estas cosas las que determinan la fisonomía. Para don Luis Marín, también arquitecto, el proyecto municipal de embellecimiento de la margen izquierda es bastante discutible. A su juicio, mejorar sólo una orilla no tiene mucho sentido; la dársena se comporta como una unidad dentro de la estructura formal de la ciudad y su tratamiento debería ser global; además, se va a incidir en el borde que presenta mejor aspecto. El señor Marín expone sus teorías: el «embellecimiento» de las márgenes de un río puede llevarse a cabo siguiendo dos criterios. El primero supone limitarse a mejorar las condiciones formales de ambas orillas con tratamientos puramente visuales.

El segundo, integrar el río en la vida de la ciudad. Esta línea es la que sigue el proyecto municipal, pero, en el caso de Sevilla, moverse en esta dirección es absurdo; mejorar las condiciones de habitabilidad de una orilla para convertirla en asentamiento del ocio urbano sin haber mejorado la calidad del agua (que hoy es pésima) resulta incomprensible. De estas dos líneas de actuación, piensa que la más lógica y adecuada para Sevilla es la primera: elaborar un proyecto económico que se limite a mejorar los puntos de ambas márgenes que presenten deficiencias formales de importancia, sin transformar los malecones en paseos a distinto nivel con miradores, escalinatas y pórticos que van a alterar innecesariamente un fragmento urbano que por su neutralidad resulta aceptable. Igualmente le parecen desafortunadas esas pequeñas inclusiones «funcionales» que prevé el proyecto para incrementar la incorporación de la margen izquierda a la vida de la ciudad. El auditorio, tal como está planteado, no reúne, a su entender, las necesarias condiciones acústicas



Luis Marín: las fuentes en tinte color impropias de una ciudad que tuvo una refinadísima cultura del agua...

y su localización es artificiosa. La oportunidad de llevar a cabo estas obras también le parece discutible: «prescindiendo de problemas básicos, como pueden ser la deficiente infraestructura de algunos sectores, la baja calidad de algunos servicios urbanos y la precaria situación de algunos centros asistenciales y educativos, y refiriéndome únicamente a problemas de ambiente y forma, creo que adecentar las márgenes no es urgente. Otras muchas sí lo son. La buena arquitectura de Sevilla, por ejemplo, está desapareciendo y hay que salvarla a toda costa. Sin apartarnos de la dársena, en su margen derecha está la Casa de las Columnas, una de las más bellas que posee la ciudad y que se va a venir abajo. Es propiedad de una fundación cuyo patronato la tiene en el mismo estado de abandono que la tendría cualquier especulador que aguardase su hundimiento.» Para el señor Marín resulta increíble que el Ayuntamiento no expropié esta casa —y la del Inquisidor, situada en la misma acera— y se gaste el dinero en expropiar para derribar esa otra que, según el proyecto municipal, perjudica la visión de la Maestranza. «Argumentar que esta casa se va a expropiar y derribar para mejorar la visibilidad de la Maestranza, mientras tantos edificios importantes se caen a pedazos por falta de cuidados, me parece impertinente y cruel. No creo que la ciudad tenga resueltos sus problemas fundamentales como para permitirse el lujo de entrar en el capítulo de refinamientos ópticos. Por otra parte, que el derribo de esta casa, y la de don Aníbal, vayan a

suponer una mejora para sus respectivos entornos, queda por ver.»

Este proyecto, me dice, debe examinarse como un eslabón más en la desafortunada línea de embellecimiento de la ciudad. Al decir esto se refiere a cómo está tratada, o mejor dicho, maltratada, la Alameda de Hércules «con sus estúpidos parterres y sus ridículos juegos de niños». Don Luis Marín posee una memoria fotográfica: «Pienso en los demoleedores bancos y pavimentos de la plaza de Santa Isabel y en la torpe fuente que hay en su centro (de la cual, desde hace años, no brota el agua). Pienso en el terrible monumento a Belmonte, alterando el altozano, y en ese otro, no menos increíble por pequeño, dedicado a Rodrigo de Triana. Pienso en las fuentes en tinte color, impropias de una ciudad que tuvo una refinadísima cultura del agua...».



Dentro de esta serie de «gastos de afeamiento» incluye el proyecto del río que «ha salido serio, escuerial y mamotreto». Su contundente monolitismo entrará en conflicto con la menuda escala de las fachadas de la calle Betis y paseo de Colón, que, aunque muy dañadas, conservan algo de su gracia de antaño». Queda por tratar un punto que el arquitecto no quiere pasar por alto: el puerto que se pretende construir al pie de la Torre del Oro, con ese galeón o carabela-restaurante, penoso tributo que la ciudad debe ofrecer al turismo. Como en el proyecto existe una segunda solución, la B, en la cual se prescinde de ambos adornos, piensa que debería escogerse esta última opción.

Soledad BECERRIL